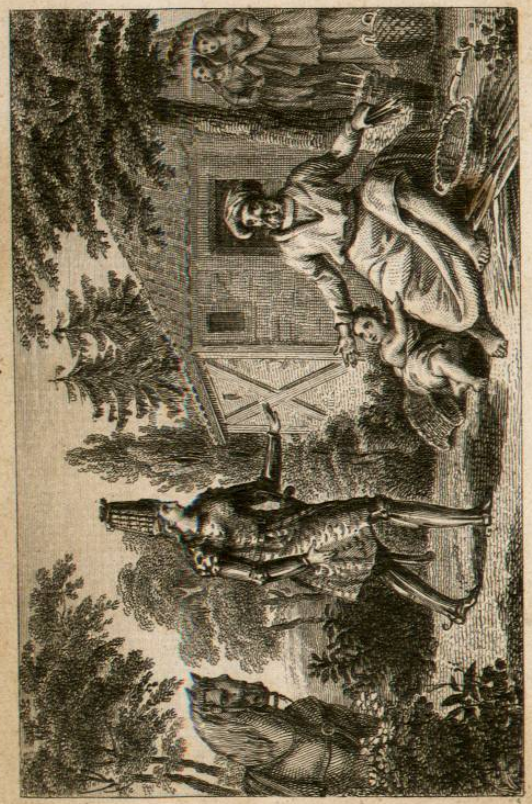

Herminia les saluda, les tranquiliza, descubre sus hermosos ojos y su rubia cabellera.

Canto Séptimo.

Entre tanto Herminia, arrebatada por su caballo, se encuentra en lo mas espeso de un antiguo bosque: sin sentido y casi sin vida, deja caer las bridas, y el caballo la lleva á su antojo por mil sendas y rodeos: al fin, los cristianos la pierden de vista, y en vano piensan alcanzarla.

Llenos de cólera, de vergüenza, cansados y sin aliento, vuelven á sus puestos, cual, despues de una caza dilatada y penosa, los perros que han perdido en el bosque el rastro de la fiera que seguian, vuelven sin aliento, tristes y desanimados: la princesa continúa su fuga, y temerosa, perdida, ni se atreve á mirar si la persiguen todavía.

Errante toda la noche, no tiene durante el dia quien la aconseje ni la guie: no vé mas que sus lágrimas, no oye mas que sus gemidos: cuando el sol, terminada su carrera, se sumergia en el Océano, llega á las orillas del Jordan, desmonta y recuéstase sobre la arena.

Ni desea otro alimento mas que sus males, ni apagan su sed sino las lágrimas; pero el sueño, este dulce consolador de los mortales, que les procura el descanso y el olvido de sus penas, adormece al fin sus sentidos y sus dolores, y la cubre con sus alas bienhechoras: sin embargo, el amor, el amor, bajo mil formas diferentes turba la paz de su corazon.

El variado gorgeo de los pintados pajarillos que saludan la venida de la aurora: el blando susurro del rio, y el céfiro que juguetea con las ondas y suspira en la enramada, la despiertan á los primeros rayos del dia: abre sus lánguidos y tristes ojos, y dirige sus miradas ácia el solitario albergue de los pastores, y cree oir una voz que la provoca á nuevos dolores y nuevas lágrimas.

Llora Herminia; mas de repente se ven interrumpidos sus sollozos por mil cantos, que se mezclan con los acentos de las flautas pastoriles; levántase y dirije sus lentos pasos ácia el parage de donde parte aquel sonido, y descubre un anciano sentado al pie de un árbol tejiendo un canastillo de mimbres: su ganado pace á su lado, y su oido atento escucha el canto de tres zagalas que le rodean.

A la vista repentina de aquellas armas desconocidas tiemblan los pastores; mas Herminia

los saluda, los tranquiliza y descubre sus hermosos ojos y su rubia cabellera. "Dichosos pastores les dice, continuad vuestros juegos y vuestras tareas: estas armas no estan destinadas para turbar la inocencia de vuestro trabajo, ni la dulzura de vuestros cantares.»

»¡O anciano! añade; ¿cómo en el seno del vasto incendio que devora estos contornos vives en paz en este asilo, sin temor de la guerra, ni de sus furores?" El pastor la responde: "¡O hijo mio! mi familia y mis rebaños han estado hasta ahora al abrigo de las injurias y de los ultrajes, y el ruido de los combates no ha alterado la paz de nuestro asilo.»

»Tal vez el cielo propicio vela sobre el humilde inocente, y le protege: tal vez, semejante al rayo, que perdona al valle, é hiere la cima de los montes, el furor de esos estrangeros no quebranta mas que la cabeza altiva de los reyes, y nuestra pobreza vil y despreciada no tienta la ambicion de sus soldados.»

»¡Pobreza vil y despreciada, pero cara á mi corazon! No ambiciono cetros ni tesoros: los afanes de la codicia nunca penetraron en mi alma: si tengo sed, una fuente pura la apaga sin que tema que una mano pérfida la envenene; y mis ovejas y mi jardin cubren mi frugal mesa con

manjares que no me cuestan mas que el trabajo de prepararlos ó de cogerlos.»

»Nuestras necesidades son muy cortas; nuestros deseos limitados; mis hijos guardan mis rebaños, y nada debo á manos mercenarias ó estrangeras: los corderos que brincan en el prado, los peces que saltan y se mecen en las aguas, las aves que despliegan al sol el brillo de sus hermosas plumas, y hacen resonar el aire con mil cantos y gorgeos: he aquí todos mis espectáculos, todos mis placeres.»

»Fué un tiempo en que seducido por las ilusiones de la juventud, conocí otros placeres, desdeñé el cayado de los pastores, y me alejé del campo que me vió nacer: viví en Memphis; allí fuí admitido en el palacio de los reyes, y aunque simple director de los jardines, conocí la corte y sus injusticias.»

»Juguete por largo tiempo de engañosa esperanza, sufria los desprecios y los disgustos; mas al fin mis bellos dias pasaron, y mi ambicion y mi esperanza se desvanecieron; entonces suspiré por el atractivo de esta vida sencilla y retirada; suspiré por mi antigua oscuridad, y dije al fin: á Dios grandezas, á Dios palacios, y vuelto á nuestros bosques, encontré en ellos la paz y la dicha que habia perdido."

Mientras hablaba el anciano, Herminia, atenta, inmóvil, recogia todas las palabras de un discurso cuya dulzura la encantaba: la sabiduría del viejo penetra en su corazon, y calma la agitacion de su alma; y despues de largas reflexiones determina quedarse en aquella soledad, al menos hasta que la fortuna favorezca su vuelta.

"¡O mortal dichoso, por haber conocido la desgracia! Si el cielo no te envidia la dulce tranquilidad en que vives, ten compasion de mis penas: yo quiero vivir contigo: tal vez en este retiro mi corazon podrá descargarse del mortal peso que le oprime.

»Si como el vulgo, ambicionases el oro y las joyas, que son su ídolo, aun llevo conmigo bastantes para llenar tus deseos" A estas palabras vierten sus ojos un torrente de lágrimas: cuenta una parte de sus desgracias, y el pastor enternecido mezcla con ella su llanto.

La consuela y la acoje con la ternura de un padre; la conduce á su cabaña al lado de su anciana esposa, cuyo corazon formó el cielo como el suyo: la hija de los reyes se viste con un rústico traje; un velo grosero cubre su hermoso cabello, pero sus miradas, su aire, todo dice que no nació en aquella morada.

Aquel humilde vestido no eclipsa el esplendor

de su nobleza; la magestad brilla aun sobre su frente en medio de las labores mas humildes, y armada con el cayado conduce los rebaños; y sus manos delicadas ordeñan sus henchidas ubres, y preparan el rústico alimento.

Muchas veces, cuando sus tímidas ovejas recostadas á la sombra, evitan los calores del sol, graba amorosas cifras sobre la corteza de los laureles y de las hayas; en ellas tambien traza la historia infausta de sus amores, y leyendo despues los rasgos que su mano formaba, se inundan en lágrimas sus megillas.

"Árboles confidentes de mi llanto, esclama, conservad la historia de mis penas: si algun dia viene á descansar á vuestra sombra un amante feliz, su compasion se escitará á la vista de mis tristes aventuras, y dirá sin duda: ¡Ah! el amor y la fortuna pagaron injustamente tanta fidelidad, tanta constancia.»

»Quizás, si el cielo se digna escuchar los ruegos de los mortales, quizá el insensible Tancredo pasará un dia por este bosque, fijará la vista en la tumba que oculte mis yertos y tristes despojos, y tributará á mis desgracias, aunque tarde, algunos suspiros, algunas lágrimas.»

»A lo menos, si he vivido desgraciada, alguna dicha acompañará á mi sombra, y mis cenizas

apagadas gozarán de un placer para mí desconocido." Así hablaba la ilusa amante á los árboles sordos é insensibles: dos fuentes de lágrimas corrian de sus bellos ojos, mientras que Tancredo, vagando á merced del destino, vá á buscarla lejos de los parages que la ocultan.

Las pisadas que seguia condujeron su carrera ácia aquel bosque, pero mil sombras espesas esparcen sobre él nubes de terror y de tinieblas; ya no puede distinguir los pasos y se abandona á la incertidumbre de la suerte; mas conserva el oido atento por si percibe ruido de armas ó de caballos.

Si el viento susurra al traves de las ojas, si alguna ave ó alguna fiera agita las ramas, cree oir á su amada, precipita su carrera y suspira despues de buscarla en vano: sale al fin del bosque, y un rumor sordo, lejano, hiere su atento oido: le sigue, y la claridad de la luna le conduce por caminos desconocidos al parage de donde aquel parecia salir.

Llega, y vé desde el centro de una roca desprenderse una fuente cristalina y pura, que se precipita y corre con dulce murmullo sobre un lecho de florido césped. Poseido de dolor, se detiene, suspira, y solo el eco responde á sus quejidos: al fin la aurora se levanta, y el sol, aun-

que mas tardío, con sus rayos de oro y púrpura embellece la naturaleza.

El desgraciado Tancredo suspira, acusa al cielo de negar á sus deseos, á sus votos la dicha con que ya se lisonjeaba, y jura vengar á su amada, si acaso fuese ofendida; mas recuerda que está cerca el dia en que debe renovar su combate con el circasiano: quiere volver, pero ignora qué camino podrá guiarle al campo.

Parte, y mientras incierto sigue mil sendas dudosas, un ruido repentino hiere sus oidos, y crece á cada instante: en fin, de lo hondo de un estrecho valle vé salir á un hombre á caballo vestido de correo: cuya mano agita un flexible látigo, y una trompa de caza pende de su costado. "¿Qué camino, le pregunta Tancredo, conduce al campo de los cristianos?"

"A él me dirijo, le responde el desconocido: las órdenes de Boemundo me obligan á volver allá al instante." Engañado por su lenguaje, le cree un emisario de su tio: le sigue, y llegan á la márgen de un lago sombrío y cenagoso, que rodea una fortaleza. El sol en aquel momento iba á sumergirse en el Océano, y la noche empezaba á estender su manto.

El correo hace resonar su trompa, y al momento desciende un puente levadizo:" Pues que eres

cristiano, dice á Tancredo, podrás esperar en estos lugares la vuelta de la aurora: no hace tres dias que el conde de Consenza ha conquistado esta fortaleza á los musulmanes." El guerrero contempla aquellos muros que la naturaleza y el arte han hecho inespugnables.

Sospecha alguna secreta celada; pero acostumbrado á despreciar los peligros y la muerte, no manifiesta sus temores, y su frente siempre serena y tranquila no dá indicio de inquietud. A donde quiera que el hazar le guie ó su eleccion, no reconoce mas salvaguardia que su valor; sin embargo, obligado á combatir con Argante, no quisiera intentar una nueva empresa.

Se detiene un momento sobre el borde á donde se inclina el puente, y no sigue al guia infiel, que le insta, y le llama: entre tanto sobre este puente aparece un guerrero armado; su aspecto respira la audacia y la fiereza: una cadena está en su mano, y la injuria y la amenaza brotan de su labio.

"¡O tú, le dice, á quien la suerte ó el deseo conduce á la morada fatal de Armida! en vano piensas escaparte. Despójate de tus armas; presenta á estos hierros tus manos cautivas; entra en mis murallas, y ven á sujetarte en ellas á su yugo y á sus leyes; no esperes ver jamas la luz del dia,

si no juras ir con sus demas guerreros á desafiar á todo el que lleve el nombre de cristiano."

A estas palabras Tancredo fija sobre él su vista: le reconoce en sus armas, en su lenguaje: era el gascon Rambaldo, el que partió con Armida; el que abjurando por ella su culto, se constituyó defensor de una creencia que habia jurado destruir.

Una santa indignacion se muestra sobre la frente del héroe piadoso: "Vil apóstata, le responde: yo soy aquel Tancredo que ciñó la espada por la ley de Jesucristo: yo he combatido siempre bajo sus banderas: he vencido en su nombre á los mortales rebelados contra él, y aun los venceré: este brazo, instrumento de la cólera del cielo, ha sido escogido para confundirte, y para vengarle."

A este nombre augusto el impio se turba y palidece, pero ocultando todavía su sorpresa: "¡Desgraciado! le replica: tu vienes á buscar la muerte; aquí verás espirar tu fuerza y tu valor: y si mi brazo no me engaña, hoy mismo cortaré tu cabeza altiva, y la enviaré ensangrentada al general de los cristianos."

Así habló el infiel. La noche ya habia oscurecido el cielo: pero de repente el aire es todo fuego; y el fuerte aparece iluminado con mil

antorchas. Armida está sentada en lo mas alto, é invisible lo vé todo, y todo lo escucha.

Entre tanto el héroe prepara para el combate sus armas y su audacia; á la vista de su enemigo, que se adelanta á pie, abandona su caballo rendido de cansancio. Rambaldo, cubierto con su escudo, ceñido con su casco, y blandiendo la espada, está pronto á combatir, y el principe corre ácia él con ademan terrible y amenazador.

El impío, guarecido con sus armas, dá mil vueltas y rodeos, y trata de sorprender y herir á su contrario: Tancredo, cansado, débil, reanima todo su esfuerzo, cae sobre el apóstata, le acosa, le oprime, y le hace ver á un tiempo el trueno y el rayo.

Enfurecido, dirige todos sus golpes al corazon, pero el ágil gascon huye, vuelve, y se desvia del hierro que le persigue, y ya con su escudo, ya con su espada, procura burlar el furor de su enemigo.

Pero menos pronto á defenderse, que Tancredo á herirle, su escudo está hecho pedazos, su casco roto, y su coraza nadando en sangre: su espada no ha podido aun alcanzar al héroe; sufre ya la pena de su remordimiento y sus temores, y su corazon se halla destrozado por el amor, la vergüenza y la venganza.

Desesperado al fin, quiere intentar el último

partido; arroja los restos de su escudo, y con ambas manos coge su espada aun no manchada en sangre; cae sobre Tancredo, y le dá un fiero golpe en el muslo izquierdo.

Luego la levanta, y le dá otro sobre la frente: el cráneo resuena, el casco no queda quebrantado; pero el héroe flaquea y vacila. Arde en ira Tancredo, y con ojos encarnizados parece querer devorar á su enemigo.

El pérfido no puede soportar su terrible aspecto, y cree ya sentir el hierro que penetra en sus entrañas: retrocede, y el golpe se descarga sobre una columna que se levanta á la otra estremidad del puente: mil centellas vuelan por el aire, y el corazon del apóstata queda sobrecogido de espanto.

Huye éste; pero Tancredo le sigue: ya casi le alcanza, y su carrera precipita la de su enemigo; pero de repente todas las antorchas desaparecen, un lugubre velo se estiende sobre la tierra, y en el cielo, al parecer desierto, ningun astro resplandece.

En medio de aquellas sombras, de aquella noche encantada, el vencedor no sigue ya, no vé á su enemigo; se adelanta á la aventura con paso trémulo y mal seguro, pisa el umbral de una puerta que de repente rueda y se cierra detras de él: cautivo, encerrado en un negro calabozo, no encuentra mas que el horror y las tinieblas.

En vano conmueve el héroe la puerta con sus brazos vigorosos; sus fuerzas se consumen en esfuerzos inútiles, y entre tanto una voz le grita: "Prisionero de Armida, en vano intentas quebrantar sus hierros: no temas la muerte; dentro de este sepulcro vivirás en noche eterna."

El héroe no responde: sofoca en su corazon los suspiros y las penas, y en sí mismo acusa al amor, á la suerte, á su imprudencia, y á los artificios de que es víctima. "Perder la vista del sol, exclama, que ilumina á toda la naturaleza, es ligera privacion para mí.

» Pero, ¡ay!, yo te pierdo, oh sol de mi vida! yo te pierdo, y jamas tus rayos reanimarán tal vez mis deplorables dias." La memoria de Argante vino tambien á redoblar su amargura: "¡Ah, desgraciado! yo he faltado á mi deber y á mi juramento: ¡oh crimen, oh vergüenza eterna! ¡yo mereceré los desprecios de un sarraceno!

Así alternativamente el amor y el honor le atormentan y despedazan: y entre tanto, el fiero Argante se irrita de verse cautivo en su lecho de blanda pluma: su corazon, enemigo de la paz, se halla sediento de sangre y codicioso de gloria; sus heridas derraman sangre todavía, pero suspira impaciente por la aurora que debe abrir la puerta al dia del combate.

La noche que la precedió, el bárbaro apenas cerró un momento sus párpados. El cielo aun no brillaba, y ningun rayo de luz habia dorado aun la cumbre de las montañas; mas él se levanta. "Tráeme mis armas", dice á su escudero, que las tiene prevenidas; mas no son sus armas acostumbradas, son un presente magnífico de Aladino.

Las mira apenas y se las pone: su enorme peso no fatiga sus espaldas, y á su lado pende su espada formidable: tal como en los aires inflamados brilla el siniestro cometa, cuya horrible y ensangrentada cola destruye sus estados, trae el hambre y las desgracias, y con espantosos presagios asusta hasta á los monarcas en sus tronos.

Tal parecia Argante bajo sus armas relucientes: torvas miradas se revolvian en sus órbitas llenas de furor: el horror de la muerte respira en todos sus movimientos, y la muerte misma está pintada en su semblante: no hay alma, por fuerte, por esforzada que sea, á quien no aterre una sola de sus miradas. Toma en su mano su espada desnuda, y con acentos de amenaza la esgrime, la vibra, é hiere los aires y las sombras.

"Pronto, dice, el pérfido cristiano, el atrevido, que intenta medir su brazo con mi brazo, caerá bajo mis golpes, y ensangrentado, rodará sobre el polvo: sus ojos verán como mi mano, á despecho de su Dios, le arranca sus armas: su boca moribunda me pedirá en vano la vida, que no haga servir su cuerpo de pasto á las bestias y á las aves carniceras.

Cual toro enfurecido, que poseido de amor celoso, brama, y con sus bramidos despierta su valor y su venganza, aguza contra los troncos la punta de su asta, lucha contra los vientos, con sus pies hiere la tierra, y de lejos desafia á su rival á un combate sangriento:

Tal, y aun mas furioso Argante, llama al heraldo. "Vé, le dice, al campo de los cristianos, y anuncia al vengador de Cristo el combate y la muerte." Él mismo monta á caballo precedido de su prisionero: sale de Solima, y con paso precipitado atraviesa las colinas.

Entre tanto la trompa del heraldo suena, y sus sonidos esparcen á lo lejos el terror y el espanto, cual el ruido del trueno resuena en el corazon de los mortales. Ya los príncipes cristianos se hallaban reunidos en la tienda de su general, y el heraldo anuncia el desafio; nombra á Tancredo, pero no escluye á nadie.

Godofredo, trastornado, incierto, dirige á su rededor una mirada prolongada y lenta: ni sus ojos, ni su pensamiento descubren en dónde fijar

su eleccion. La flor de los guerreros habia desaparecido: se ignora la suerte de Tancredo: Boemundo está distante: el invencible héroe que inmoló al fiero descendiente de los reyes de Noruega, vaga desterrado lejos del campo.

Los guerreros mas valientes, mas famosos, víctimas de los artificios de Armida, todos siguieron sus pasos y yacen en el silencio de una profunda noche. Los otros, menos vigorosos, ó menos intrépidos, estan en pie llenos de espanto, y el miedo hace callar al honor dentro de su alma, sin atreverse ninguno á aspirar á una gloria que se presenta con tanto riesgo.

A tal silencio, á tal aspecto, á una señal tan evidente de su debilidad y cobardía, Godofredo se inflama de noble cólera: de repente se levanta. "¡Ah! yo sería demasiado indigno de la vida, esclama, si rehusase el esponerla hoy, si sufriese que un bárbaro despreciase impunemente á todos los cristianos, é insultase nuestras armas.

»Sentados, y lejos del peligro todos los guerreros ociosos, sean testigos de mi combate: dadme mis armas." Sus escuderos obedecen: pero Raimundo, que en su edad madura goza de una prudencia consumada, y cuyo valor no cede al de ningun guerrero, se adelanta.

"¿No se dirá, señor, que esponiendo tu cabe-

za, espones á todo el ejército? Tú no eres un soldado: tú eres nuestro general, y tu pérdida seria una pérdida comun: sobre tí se apoya la fé: sobre tí descansa un santo imperio: por tí debe ser quebrantado el yugo de Satán: ese cetro está en tus manos para dirigir nuestro valor; en las nuestras está el acero, y á nosotros solos toca hacer alarde de osadía."

»Yo mismo, aunque agoviado bajo el peso de los años, yo mismo combatiré el primero; ocúltense otros á los peligros: yo no quiero escusarme con mi vejez. ¡Ah, que no me hallase aun en la flor de mis años! ¡que no tuviera yo vuestra juventud y vuestras fuerzas! ¡oh, vosotros á quienes el temor retiene en estas trincheras, á quienes la cólera y la vergüenza no pueden al menos animar contra ese bárbaro que os provoca y que os insulta!"

»¡Que no me hallára yo aun tal como era cuando á los ojos de toda la Alemania, en la corte de Conrado, herí é inmolé al feroz Leopoldo! La ruina de aquel solo enemigo fue para mi valor un triunfo mas glorioso que si solo y sin armas alguno de nuestros soldados derrotase á una tropa numerosa de esos viles sarracenos."

»¡Ah! si yo tuviese aun las mismas fuerzas; si mi sangre hirviese como entonces en mis venas, pronto el orgullo de ese infiel quedaria abati-